

891.7
9.

Pg3327
E8
A4

ES PROPIEDAD

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta LA CAMPANA y LA ESQUELLA, Olmo, 8.

ALMA INFANTIL

I

Me desperté en blanca y mullida cama, y ví á mi rededor, en el aposento, tupidas alfombras y preciosos muebles. La mortecina claridad que pasaba al través de las medio cerradas cortinas de la inmensa ventana daba un aspecto fantástico y misterioso á los objetos.

¿Estaba yo soñando?

No, era verdaderamente la realidad tal cual la muerte me la deparara, y aquella vivienda principesca aumentaba mi desesperación.

Me había quedado huérfana, y de entonces más estaba sola y en casa extraña.

Por primera vez eché de menos, con lágrimas en los ojos, nuestra mísera buhardilla. El taraceado mobiliario de la mansión

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

del príncipe no podía hacerme olvidar la vieja otomana y la coja cómoda familiares á mi primera infancia.

Restablecida poco después, recorrí la casa y entablé relaciones con sus moradores, pues mis primeros recuerdos, cuando me recogieron en la calle, se habían desvanecido como una horrenda pesadilla; sólo me acordaba claramente de la bondadosa y grave fisonomía del príncipe.

Desde los primeros días observé los nuevos rostros y procuré familiarizarme con ellos.

Todo en aquella casa me parecía extraordinario; todavía estoy viendo aquellas salas inmensas y suntuosas, tan largas que me atemorizaba el cruzarlas y temía perderme en ellas.

No completamente restablecida, mi estado de ánimo era, como aquella habitación, solemnemente triste. Mi corazón de niña era pábulo de una angustia indecible. A las veces parábame asombrada delante de un cuadro, un espejo, una chimenea delicadamente labrada, ó de una estatua, que desde

las profundidades de su hornacina parecía acecharme, me seguía con la mirada y me asustaba.

Durante mi enfermedad me visitaron muchas personas, pero únicamente me hacía de cuando en cuando compañía un caballero anciano de ojos azules y de mirar bondadoso, á quien de buena gana hubiera dirigido la palabra á no haberme refrenado una especie de pavor. El tal siempre estaba triste, y apenas si me decía algo. Era el príncipe, mi bienhechor, el que me había recogido en la calle. Me traía golosinas y libros con láminas, y hacía cuanto podía por halagarme.

Cierto día el príncipe me anunció que no tardaría en tener yo una amiga de mi edad, su hija Katia, á la sazón en Moscou; y tal nuncio fué para mí motivo de alborozo, pues aparte de aquél nadie parecía haberse interesado por mí, hasta entonces, en aquella casa. Por otra parte, el príncipe vivía muy retirado, y la princesa pasaba á las veces semanas sin verlo, como si tal hombre habitase en aquella morada.

Con todo eso, cierta mañana me vistieron y me tocaron más cuidadosamente que solían y me pusieron un vestido nuevo con franjas blancas, lo cual me admiró grandemente. Terminados tales preparativos, condujéronme á la habitación de la princesa, cuya sola presencia me turbó; á la vez que el lujo del mobiliario me deslumbraron los modales de la gran dama.

Al vestirme, ya yo me había preparado para una entrevista penosa, pero no creí experimentar una impresión tan profunda.

La desgracia me había vuelto suspicaz y temerosa; así es que al besar la mano á mi bienhechora me puse á temblar y no supe qué responder á sus preguntas.

Tan superior á mí me pareció la princesa, que con ser realmente hermosa, no me atrevía á mirarla.

La dama me hizo sentar en un taburete, junto á ella, deseosa de conocer á la salvajuela á quien ella quería hacer las veces de madre, y sé decir que estuve mazorral y cazurra, lo cual la sorprendió y quizá desco-

razonó, pues me dió un libro con láminas y se puso á escribir cartas.

Hojeeé el libro, pero al sospechar que me estaba atisbando una persona extraña, hubiera querido hallarme muy lejos, tal era mi contrariedad.

Cuando la princesa me dirigía la palabra, sólo me era posible contestar por monoslabos, y mi timidez tenía todas las apariencias de la bobería. La dama aquella indudablemente se había dado á entender que yo era una niña extraordinaria, y no hallaba en mí más que á una niña boba. No es extraño pues que yo echase de ver que de buenas á primeras no había caído en gracia, lo cual dió un nuevo empujón á mi torpeza.

En aquel instante hubiera dado yo un tesoro para ser amable, pero la pesadumbre me anudaba la voz. Al fin no era yo más que una niña de diez años.

A las tres empezaron las visitas, y supuse que mi suplicio iba á terminar y que podría soltar mi libro para refugiarme en un rincón; pero me engañé.

Una tras otra llegaron varias personas á quienes la princesa me presentó como un pequeño fenómeno, tratándome á la par con todo género de atenciones, lo cual me molestaba grandemente. Me acuerdo de un caballero bajito, ya de edad y amojamado, que me miraba con un monóculo é iba todo perfumado. Otro se empeñó en besarme.

Cuando el salón reventaba de concurrentes, la princesa dióse á entender que había llegado el momento oportuno de contar mi historia; y tal fué mi confusión, que no sé si estaba yo sonrojada ó pálida, pero sí sé que el corazón me latía desaforadamente.

Era para mí tristísimo oír contar á personas indiferentes, que mi padre, á quien tanto amé, era una especie de músico medio loco, un hombre extraordinario mal apreciado hasta su muerte; que la llegada del músico Schurmann á San Petersburgo había acabado por aguarle los sesos y sido causa de su trágica muerte; y finalmente que mi madre era una desventurada muerta en la miseria y que hasta su postrer

aliento había tenido por una eminencia á su esposo.

Todo eso lo recordaba yo con taciturna desesperación, y ocultaba mis lágrimas mientras los enguantados caballeros formaban rueda en torno de mi bienhechora, mascullando en voz baja no sé qué palabras y mirándome de cuando en cuando con desafiiosa compasión.

¡Qué crueldad revelaba la presentación aquella! Era indudable que todos se daban á entender que yo era ignorante é insensible, que á la edad de diez años no puede padecer nuestro amor propio ni nuestro corazón.

Yo era orgullosa sin saber por qué; quiero decir lo estaba de ser hija de mi padre, de aquel pobre loco que un día me dejó en la nieve para darse á la muerte.

En pensamiento me trasladaba yo á nuestra vida en una buharda, á aquellas interminables y silenciosas veladas, y subíanme á la garganta los sollozos, y hubiera querido que se me hubiese tragado la tierra. Sin conocer aún la vida, anhelaba la muerte.

Por fin terminaron las visitas.

La princesa no estaba satisfecha de su protegida, así es que me despidió con aspereza, nada contenta de mi entrada en el mundo.

II

Cuando me condujeron nuevamente á las habitaciones superiores, donde estaba mi cuarto, mi contento era indecible.

Al dormirme me devoraba la calentura; cuanto había visto aquel día me martirizaba, y soñé cosas espantosas.

Pronto advertí haber desplacido á la princesa, como lo prueba el que no volvió á llamarme á sus habitaciones.

Mi soledad, en el fondo, me era gratisíma. Me gustaba correr por las habitaciones y esconderme en los rincones y tras los muebles para observar á los criados de la casa sin temor á disgustarlos.

Tantos atractivos tenía para mí aquella nueva existencia, que olvidé la terrible catástrofe que la precediera. No se me refres-

caban en la memoria más que los acaecimientos antiguos, y sobre todo el violín de mi padre, y la idea de que éste era un numen.

Con disfrutar de entera libertad, conocía que los criados no me perdían de vista, y esto me traía preocupada; y es que no comprendía porqué obraban de tal suerte para conmigo. Parecíame que respecto de mí alentaban algún designio, que se proponían emplearme en algo.

Alentada por tales pensamientos, me ingenié para llegar á los más recónditos sitios de la casa y esconderme en ellos en caso de apuro.

Cierto día llegué á una gran escalera de mármol, ancha, alfombrada y adornada de flores y de jarrones preciosísimos; en cada rellano estaban en pié dos gigantescos criados, silenciosos, con librea roja, enguataados y luciendo corbata blanca. Al verlos, los miré asombrada, sin comprender el porqué de su inmovilidad y su silencio.

En cosa alguna hallaba yo tanto placer como en aquellos paseos solitarios. En el

piso superior vivía una anciana tía de la princesa, que casi nunca salía de su aposento. Aquella anciana y el príncipe eran los dos personajes más importantes de la casa, y en sus relaciones con ella todo el mundo observaba una etiqueta severa.

La princesa, tan orgullosa y tan activa, la visitaba dos veces á la semana, pero tales visitas eran cortas y solemnes.

La aristocracia se había impuesto, en otro tiempo, el deber de visitar á aquella dama tenida por una de las guardianas de las tradiciones aristocráticas, por una reliquia viviente de los boyardos castizos.

Invariablemente vestida de negra lana, la anciana tía ostentaba doblados cuellos que le daban el aspecto de monja. Iba diariamente á misa en coche, no se desprendía nunca de su rosario, recibía á sacerdotes, leía libros místicos, y comía de vigilia todos los días; en una palabra vivía austerísimamente. En su habitación no se oía ruido alguno, ni podía ella soportarlo por leve que fuese.

A los quince días de mi llegada á la casa,

la anciana tía advirtió mi presencia, y al informarse le contaron mi historia, que la incitó á quejarse de que todavía no me hubiesen presentado á ella.

Al otro día, las criadas puestas á mi servicio me peinaron, lavaron y estiracearon por todas partes, y luego de haberme enseñado á andar y á saludar, pidieron para mí una audiencia, que fué señalada para el día siguiente, después de la misa.

Aquella noche dormí malamente, y luego me dijeron que había yo soñado en alta voz con la anciana señora, á la cual me llegué y le rogué que me perdonase algo, en sueños se entiende.

Por fin llegada la hora de la presentación, hallé, sentada en gran silla de brazos, á una viejecica muy delgada, que me hizo muchas señas con la cabeza, y para verme mejor, se puso las antiparras. No me pasó inadvertido el mal efecto que le produge. Para ella era una muchacha montaraz, que ni sabía saludar ni besar la mano.

La tía me interrogó, pero apenas le contesté; y cuando empezó á dirigirme pregun-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1625 MONTERREY, N. L.

tas respecto de mi padre y de mi madre, me eché á llorar.

Con haber la anciana quedado descontenta de mi excesiva sensibilidad, me prodigó frases de consuelo y me dijo que confiase en Dios. Luego me preguntó cuándo había ido por última vez á la iglesia, y al ver que yo no acababa de comprenderla, pues mi educación religiosa era poco menos que nula, quedó atónita, y envió por la princesa, y celebró consejo con ella, y quedó acordado que el próximo domingo me conducirían á la iglesia. La tía prometió rogar por mí hasta aquel día, pero, interin, ordenó que se me llevasen, so pretexto de que yo dejaba tras mí una impresión penosa, lo cual nada tenía de sorprendente.

Aquel mismo día, la tía de la princesa envió á decir que yo hacía mucho ruido y que en todas partes me oían, siendo así que no me había meneado en todo el santo día. Era evidente que la vieja no me llevaba buena voluntad. Al día siguiente se repitió la queja y para colmo de desdichas me cayó una taza y la rompí. El ama de llaves fran-

cesa y las criadas, al notarlo, quedaron consternadas, y á mí me llevaron entonces, para jugar, al más retirado aposento.

He aquí porqué me gustaba errar por las grandes salas del piso bajo; á lo menos allí no incomodaba á nadie.

Cierto día en que me encontraba sola en uno de los salones, me escondí, y, tapándome el rostro con las manos, me puse imaginativa. Mi espíritu, todavía poco desenvuelto, no se explicaba el pesar cada vez más profundo que me abrumaba, hasta el punto de hacerse insoportable. Y en tales meditaciones estaba yo engolfada, cuando de repente me preguntó una voz cariñosa:

—¿Qué te pasa, querida niña?

Al oír tales palabras levanté la cabeza y ví delante de mí al príncipe con la más profunda conmiseración pintada en el rostro.

—¡Pobre huérfanal añadió el príncipe al ver que yo lo miraba con expresión de dolor.

Y al proferir estas palabras se le desprendió una lágrima y me pasó la mano por los cabellos.

—¡No! ¡no! ¡huérfana, no! exclamé con voz gemebunda.

Y levantándome, así la mano del príncipe y se la besé humedeciéndola con mi llanto.

—¡No! ¡no! repetí, ¡huérfana, no!

—Pero ¿qué te pasa, hija mía? ¿Qué te pasa, mi pobrecita Netotchka?

—¿Dónde está mi madre? ¿dónde está? exclamé sollozando. Y cayendo de rodillas, repetí: ¿Dónde está mi madre? Dígame V. ¿dónde está?

—Perdóname el habértela recordado, hija mía. ¡Ayl! ¿qué he hecho? Vente conmigo, Netotchka, ven.

El príncipe, que estaba conmovidísimo, me cogió la mano y me condujo á una sala grandiosa y tal como yo nunca las había visto. Era una capilla en la que reinaba la oscuridad, sin más luz que la de las lámparas, luz que se reflejaba en los dorados ornamentos y en la pedrería de las sagradas imágenes, que resaltaban en negro sobre un deslumbrador fondo de oro. Aquella sala no se parecía en nada á las demás piezas de la casa; todo era allí misterioso y solemne.

Hízome el príncipe arrodillar al pie de la imagen de la Virgen, y él á la vez se arrodilló á mi lado y me dijo en voz baja:

—Ruega, hija mía, oraremos juntos.

Pero tal era el miedo que yo sentía, que no acertaba á orar.

El príncipe acababa de repetirme las mismas palabras que me dijera mi padre en presencia del inanimado cuerpo de mi madre.

Tan profunda fué la impresión que recibí, que me dió un accidente y hubieron de trasladarme á mi cama.

III

Durante mi nueva enfermedad, cierta mañana oí un nombre conocido, el de Schurmann, pronunciado por alguno de la casa junto á mi cama. Tal nombre me hizo estremecer y provocó en mí un sueño delirante.

Me desperté muy tarde. Todo estaba oscuro en torno de mí. La lamparilla se había

apagado y la criada que me velaba estaba ausente. De improviso llegó á mis oídos el són melodioso de una música lejana, que á las veces se interrumpía para empezar de nuevo y al parecer más próxima. Pábulo de una emoción extraordinaria, me levanté, me vestí apresuradamente sacando fuerzas de flaqueza, y salí del cuarto á tientas y llegué al corredor después de haber cruzado dos piezas solitarias.

Desde el corredor la música se oía con más claridad. Una escalera espléndidamente iluminada me llevó á los salones de abajo, donde, por haber oído rumor de pasos, me ovillé en un rincón; después, alejado que se hubieron los pasos, entré en otro corredor. La música partía de la pieza inmediata, en la que se oía un runrún como si allí hubiese millares de personas hablando. Una de las puertas de aquella sala desaparecía bajo dos colgaduras de terciopelo rojo, tras una de las cuales me escondí, laténdome de tal suerte el corazón que apenas podía tenerme en pie. Poco después y refrenando mi turbación levanté un pico de

la segunda colgadura... ¡Válgame Dios! era aquel el grande y lúgubre salón en el que antes tanto me asustaba entrar, y que ahora estaba iluminado por millares de bujías. Parecíame estarme bañando en un mar de luz, luz que me dañaba los ojos, acostumbrados á la oscuridad.

De aquel salón se exhalaba una atmósfera aromatizada y un aire cálido, y por él discurrían innumerables personas; las damas lucían ricos trajes, y en los ojos de todos brillaba la satisfacción. Yo estaba maravillada. Parecíame haber visto ya en sueños aquel espectáculo, y á la par me acordaba de nuestra buhardilla á primanoche. La elevada ventana desde la cual se descubría la calle, abajo, con sus faroles encendidos, las ventanas de la casa veladas por rojas colgaduras, los coches parados al pie de la escalinata, los relinchos de los caballos, las voces, las sombras que pasaban tras los cristales, y la música lejana... no eran otra cosa que aquel paraíso en que yo soñara, el lugar donde yo quería ir con mi desdichado padre... No era sueño, no; así lo

había visto yo dormida... Sobreexcitada por la enfermedad, se me inflamó la imaginación, y en un raptó inexplicable me eché á llorar y busqué con los ojos á mi padre.

—Aquí ha de estar. Está aquí, dije para mis adentros.

Esta esperanza me hizo palpar más apresuradamente el corazón. Con todo eso paró la música y por la espaciosísima sala circuló un como murmullo de admiración.

Con los ojos desencajados miré á todos aquellos personajes que ante mí pasaban y ninguno de los cuales me era conocido.

Entonces se produjo un movimiento extraordinario. Un anciano alto, delgado, pálido y provisto de un violín, se subió á un estrado magníficamente guarnecido, y, sonriéndose, saludó con torpeza á todas partes en medio de un silencio tan profundo, que los presentes parecían haber retenido su aliento.

Todas las miradas se fijaron en el anciano, bajo el arco del cual se estremecieron y vibraron de improviso las cuerdas del violín.

Una angustia terrible se apoderó de mí; y al escuchar con todas las fuerzas de mi alma, díme á entender que no era aquella la primera vez que llegaban á mí los sonidos de aquel instrumento, cuya voz crecía, se multiplicaba, subía y se confundía en desesperados lamentos, como si dirigiese una súplica á la concurrencia ó me hablase á mí... Mis recuerdos se despertaron punzantes y dolorosos, y apretando una contra otra las quijadas para no gritar, me así de las colgaduras á fin de no dar con mi cuerpo en tierra. «No murió, me dije, es el que está ahí, y el suyo es el violín cuya voz acaba de partirme el alma.»

Como si una ráfaga de luz me hubiese iluminado la mente, añadí: «¡Padre! ¡padre!... Sí, ¡está aquí! ¡es él! ¡me llama! ¡Ese violín es el suyo!»

La concurrencia aplaudió estruendosamente, y yo, no pudiendo refrenarme por más tiempo, exhalé un agudo sollozo, levanté la antepuerta y me disparé al salón, gritando:

—¡Padre! ¡padre! ¡eres tú! ¿Dónde estás?

No sé cómo llegué al anciano; todos se apartaron para dejarme pasar.

Entonces, y lanzando una voz frenética, me abalancé al violinista, en quien creía haber hallado á mi progenitor; pero de repente me sentí arrebatada por unas manos largas y huesosas, y ví puestos en mí dos negros ojos cuya llama parecía querer abrazarme.

En esto miré al anciano, y... no era mi padre, sino su asesino...

IV

¡Qué fatalidad dispuso mi encuentro con Schurmann en la misma casa donde me habían recogido después de la horrenda muerte de los míos? ¿Me perseguía el destino, á mí desventurada niña anhelosa de vivir y ya cruelmente probada por la desdicha? Tantos habían sido ya mis padecimientos y tan pocas mis alegrías, que bien podía creerlo.

Mi padre, pobre músico sin suerte y sin

fortuna, no había podido proporcionarme nada de lo que da halagos á la vida, pero á lo menos me había querido.

Afligida mi primera infancia, en vano buscaría recordar un solo día de ventura. De aquella existencia limitada por las paredes de un aposento bajo, hame quedado en el alma una tristeza desconsoladora.

Me acuerdo de nuestro aposento, de la lamparilla que ardía en un rincón oscuro delante de las imágenes, de la cama en la cual dormíamos mi madre y yo, del frío de la noche y de mis pesadillas de niña, y páreceme todavía estar viendo la alta ventanita que tenía que dar paso á los rayos del sol y delante de la cual el cielo, sombrío y cortado por las monótonas líneas de los tejados, se extendía hasta lo infinito.

Nuestro mobiliario consistía en un canapé forrado de hule grasiento y reventado, una mesa de pino, dos sillas de anea, una cómoda coja, la cama de mi madre y un biombo hecho girones.

¡Qué contraste con los esplendores del palacio mi actual morada! Me acuerdo del

aspecto de nuestro zaquizamí al anochecer. Por el suelo veíanse guñapos, cascós de botellas y vajilla de palo, y en medio de aquel revoltijo surgían las figuras de mi padre, borracho, y de mi madre, deshecha en lágrimas.

Mi padre, ó á lo menos el que me ha hecho las veces de tal, pues no he conocido al mío, y mi padrastro casó con mi madre cuando ya tenía yo tres años, era muy extravagante. Ingénitamente músico, fué violinista de gran talento, pero la miseria y la bebida le habían hecho bajar poco á poco por la fatal pendiente que lleva á la locura. Atraído á San Petersburgo por la ambición y la conciencia de su valer, no supo renunciar al vicio de emborracharse, y conociendo que declinaba no pudo sobrevivir á la ruina de su talento. Casado con mi madre, infeliz súfreló todo, en la esperanza de que los mil rublos que ella traía en dote y le provenían de su primer marido bastarían á proporcionarle la independencia necesaria para poder continuar su carrera artística, durante los ocho años que vivió con ella

apenas tocó el violín. Así es que, faltar de práctica, su talento ya no le permitía solicitar otro empleo que el de violinista en la orquesta de algún teatro, cosa insufrible para él, que aborrecía todo lo secundario. De su decadencia, vengábase mi padrastro en mi madre, á quien acriminaba nuestra pobreza, y de tal suerte se dió á la borrachera, que le trastornó por completo la inteligencia. Habiendo jurado que no volvería á tocar el violín mientras viviese su mujer, cumplió su palabra, pues hasta la muerte de aquélla no ha vuelto á cojerlo, y lo ha cojido nuevamente porque Schurmann, el anciano á quien yo acababa de oír, se había presentado en San Petersburgo y él estaba envidioso de la gloria de aquel músico.

Al querer tocar el trozo en que el maestro conseguía su mayor triunfo, fué cuando mi padrastro, conociendo que estaba vencido, se volvió loco, dejándome huérfana.

V

Cierto día, en el segundo y último período de mi enfermedad, al abrir los ojos ví una cabeza infantil inclinada hasta mí. Era una niña de mi edad, y su primer impulso fué tenderme la mano. Al mirarla, tuve un suave presentimiento de ventura. Figúrese el lector una cara idealmente hermosa, de una hermosura deslumbradora; de esas hermosuras á las cuales miramos inmóviles, enternecidos, extáticos, y á las que quedamos agradecidos porque existen, porque han puesto en nosotros sus ojos ó solamente porque junto á nosotros han pasado. Era Katia, la hija del príncipe, recién llegada de Moscou, y se sonreía á cada uno de sus movimientos, infundiendo á mis relajados nervios un halago inefable.

La princesita llamó á su padre, que, á dos pasos, estaba hablando con el médico.

—¡Ah! ¡por fin! ¡gracias á Dios! dijo el príncipe cogiéndome la mano y serenándosele el rostro.

—Estoy contento, contento, contentísimo, prosiguió con la viveza que le era habitual. Aquí está Katia, mi hija. Trataos. Ahora tienes una amiga. Restablécete pronto, Netchka. ¡Qué mala eres! ¡Vaya un susto me has dado!

Mi restablecimiento fué rapidísimo, tanto, que pocos días después me paseaba por el cuarto. Todas las mañanas, Katia se llegaba risueña á mi cama, y su ansiada venida era para mí una dicha. ¡Qué besos la hubiera dado! Pero la picarilla era tan vivaracha que no paraba un minuto en parte alguna; parecía serle absolutamente indispensable correr, saltar y alborotar toda la casa.

De buenas á primeras, Katia me dijo que se aburría en mi cuarto, y que vendría rara vez á él, y aun por compasión á mí y porque no podía obrar de otra manera, pero que tan buen punto estuviese yo restablecida nos veríamos con más frecuencia. Lo primero que me preguntaba por la mañana era si ya me sentía bien del todo, y al verme pálida y delgada y al notar que me sonreía con timidez, fruncía el cejo, movía

á uno y otro lado la cabeza y, despachada, daba con su piecécito contra el suelo.

—¿No te recomendé ayer que te pusieses buena? exclamaba Katia. ¿Por ventura no te dan suficiente comida?

—Sí, me dan poca, contesté intimidada, pues ya me avergonzaba en su presencia. Y es que con toda mi alma anhelaba serle agradable, y pesaba una á una cuantas palabras le dirigía. Su visita me era cada vez más grata, y mientras estaba presente no apartaba de ella los ojos, y con los ojos la seguía, maravillada, cuando se iba, hasta que trasponía la puerta. También se me aparecía en sueños, y durante el día, á solas conmigo misma, imaginaba conversaciones con ella, me hacía su amiga, jugaba y travesaba con ella, y con ella lloraba cuando nos regañaban; en una palabra, pensaba en ella incesantemente como si de ella hubiese estado yo enamorada. Mi más ardiente anhelo era restablecerme y engordar lo más pronto posible, como ella me recomendaba; porque la verdad era que cuando Katia entraba por la mañana en mi cuarto y me de-

cía: «¡Cómo! ¿aun no estás restablecida? ¿Todavía estás delgada?» yo me estremecía como una culpada. Sin embargo la extrañeza de Katia era verdadera cuando veía que veinte horas no habían bastado para restablecerme, y acababa por incomodarse formalmente conmigo.

—Ea, hoy te traeré una torta, me dijo Katia cierto día; come, y así engordarás más aprisa.

—Sí, tráela, tráela, dije toda alegre al pensar que volvería á verla.

En informándose de mi salud, la princesita solía sentarse en una silla frontera de mí y me miraba con sus negros ojos. Aun al principio de nuestro trato me miraba con candoroso asombro.

Bueno será ahora decir que la conversación no se entablaba; y es que las ásperas salidas de Katia me intimidaban, á la par que me derretía por hablarle.

—Y bien ¿por qué no hablas? me decía Katia tras un silencio más ó menos prolongado.

—¿Qué hace tu papá? preguntaba yo, sa-

tisfecha de que se me ocurriese algo que decir.

—Nada. Papá sigue bien, contestaba Katia. Hoy me he bebido dos tazas de té en vez de una. ¿Y tú, cuántas te has bebido?

—Una sola.

Las dos volvíamos á encerrarnos en el silencio, hasta que Katia lo rompió de improviso, diciendo:

—En un tris ha estado como Falstaff no me muerde.

—¿Quién es Falstaff? ¿un perro?

—Sí. ¿Todavía no lo has visto?

—No, sí; lo he visto.

Y como no sabía qué responder, la princesita volvía á mirarme con asombro, y me decía:

—¿Te gusta que hable contigo?

—Muchísimo. Ven á verme más á menudo.

—Ya me han dicho que te placería el verme. Pero es preciso que dejes pronto la cama. Ea, hoy te traeré una torta... Pero ¿por qué estás tan callada?

—Por nada.

—Probablemente pasas todo el tiempo reflexionando.

—En verdad, reflexiono mucho.

—A mí me han dicho que hablo en demasiada y reflexiono poco. ¿Por ventura hablar es un mal?

—No. ¡Si supieses tú qué contenta estoy cuando hablas!

—¡Jum! lo preguntaré á la señora Leonard, que todo lo sabe... Y dime ¿en qué meditas?

—Pienso en tí, contesté tras una pausa.

—¿Y esto te distrae?

—Sí.

—¿Así pues me quieres? Yo todavía no te quiero. ¡Estás tan delgada! Aguarda; voy á traerte una torta. Hasta luego.

Dichas estas palabras, la princesita me besaba á escape y desaparecía.

Después de la comida, llegaba la torta. Katia entraba como el rayo, riendo, satisfecha de haber podido traerme el manjar que me tenían prohibido.

—Come mucho, come; es mi torta, decía Katia. Yo no he comido. Adiós...

Y la niña volvía á marcharse sin apenas haberme dado tiempo de entreverla.

Un día la princesita entró disparada, con sus negros rizos desordenados como por un vendabal, ardiéndole las mejillas y chispeándole los ojos. Parecía haber comido por espacio de una á dos horas.

—¿Sabes jugar al volante? me preguntó sin aliento, con precipitación.

—No, respondí, disgustada de no poder contestar afirmativamente.

—Malo. Pero no temas, cuando te hayas restablecido te enseñaré á jugar á él. Para nada más he venido. Ahora juego con la señora Leotard. Hasta la vista, me esperan.

VI

Por fin y aunque muy endeble dejé la cama, y lo primero que imaginé fué no separarse más de Katia, hacia la cual me sen-

tía irrefragablemente atraída. No me cansaba de mirarla, y mi simpatía por ella se hacía tan ardiente, y hasta un extremo tal ese afecto me señoreaba, que aquélla no podía menos de notarlo, con la particularidad de que parecía causarle profunda extrañeza. Recuerdo que cierta vez, mientras estábamos jugando, no pude represarme y le eché los brazos al cuello y la besé. Katia se arrancó de mis brazos, me cogió las manos, y frunciendo las cejas, como vejada, me preguntó:

—¿Qué haces? ¿Por qué me besas?

A esta pregunta hecha á quema ropa, me quedé aturdida como una culpada, y me estremecí, y se me anudó la voz. La princesita encogió los hombros de un modo que le era peculiar y en señal de profunda perplejidad, cerró con gesto grave sus carnosos labios, dejó de jugar, y, sentándose en la esquina de la otomana, se puso imaginativa como si se hubiese propuesto resolver un nuevo punto surgido en su espíritu, como acostumbraba hacerlo cuando algo la apuraba.

En verdad, tardé mucho tiempo en familiarizarme con las ásperas manifestaciones del carácter de Katia.

Al principio me acusé, temerosa de ser excesivamente extravagante, lo cual me llenaba de asombro y de tristeza. ¿Por qué no podía ser yo desde luego la amiga de Katia y agradarle para siempre jamás? Este fracaso me apesadumbraba por manera indecible, y se me subían las lágrimas á los ojos á cada palabra de ella, á cada mirada recelosa que me dirigía. Mi pesadumbre iba cada día en aumento, qué digo cada día, cada hora, pues con Katia las cosas iban muy aprisa. Algunos días después, me convencí de que la princesita no me quería ni pizca y aun que sentía para conmigo una especie de repulsión. Todo en aquella niña era súbito; otro diría brutal si los arranques de su carácter recto, espontáneo como el rayo y candorosamente sincero no hubiesen revestido cierta gracia noble. Conmigo empezó por la duda y acabó por el desdén, porque, según yo entiendo, no sabía jugar con ella á ningún juego. A la princesita le

gustaba divertirse, correr; era robusta, vivaracha, diestra, y yo era todo lo contrario. Endeble todavía de resultas de la enfermedad, sosegada é imaginativa, el juego no me distraía. En una palabra, me faltaba todo para ser grata á Katia; sobre que no podía soportar la idea de que hubiese quien estuviese descontento de mí, pues al punto me ponía triste y me desalentaba, no quedándome ni aun la energía de reparar mi falta y de modificar en provecho mío la mala impresión por mí producida. Me tuve pues por enteramente perdida, y esto Katia no había de comprenderlo. La princesita pasó una hora enseñándome á jugar al volante, pero sus esfuerzos resultaron inútiles; y como yo iba poniéndome más y más triste, hasta subírseme las lágrimas á los ojos, Katia me hacía algunas reflexiones, y al ver que no sacaba provecho de ellas, se alejaba de mí y jugaba sola, pasando días y días sin incitarme á jugar con ella y sin dírirme la palabra. Semejante desdén me era insoportable. Aquella nueva soledad se me hacía más penosa que la otra, y volvía

á engolfarme en mi tristeza y en mis imaginaciones, y de nuevo me entenebrecían el corazón negros pensamientos.

VII

La señora Leotard, encargada de vigilarlos, no tardó en observar aquella mudanza en nuestras relaciones, y como yo estaba de hecho abandonada, mi forzosa soledad la interesó desde luego, y reprendió á la princesita por su falta de amabilidad para conmigo. Katia arrugó el ceño, encogió los hombros y dijo que no sabía qué hacer conmigo, toda vez que yo no podía jugar y estaba siempre pensando en otra cosa, y que por lo tanto prefería esperar á su hermano Saclia (1), próximo á llegar de Moscou para jugar con él. La señora Leotard, no satisfecha de tal respuesta, hizo observar á la princesita que yo estaba todavía enferma y

(1) Diminutivo de Alejandro.

no podías desplegar la vivacidad y la alegría que ella, por otra parte excesivas, y le recordó haber cometido tal y tal falta, y que dos días antes por poco el perro la destroza. En suma, la señora Leotard la amonestó sin contemplaciones y acabó por enviarla á mi cuarto con orden de reconciliarnos sin demora.

Katia escuchó atentamente á la francesa como si realmente hubiese reconocido que el razonamiento de aquélla encerrase algo nuevo y justo. Así pues dejó su aro en el salón, donde con él estaba jugando, y, llegando á mí, me preguntó entre formal y admirada:

—¿Conque quiere V. jugar?

—No, respondí temiendo por Katia y por mí las reprensiones de la señora Leotard.

—¿Qué quiere V. pues? continuó la princesita.

—Quiero descansar, dije. No puedo correr. No se enoje V. contra mí, Katia, pues la quiero á V. mucho.

—Bueno, jugaré sola, profirió la prince-

sita suave y lentamente y admirada de no hallarse en culpa. Ea, adiós, y conste que no estoy enojada contra V.

—Adiós, contesté levantándome y tendiéndole la mano.

—V. querría que nos besásemos ¿verdad? preguntó Katia tras breve reflexión, recordando probablemente la repulsa de la señora Leotard y anhelosa de cortar por lo sano complaciéndome.

—Como V. quiera, contesté con tímida esperanza.

Katia se me acercó y con toda seriedad, sin sonreírse ni una vez, me besó.

Cumplido así lo que esperaban de ella, y aun con creces, á fin de dar gusto á una pobre niña á quien la enviaban, Katia salió disparada de mi cuarto, alegre y satisfecha, y pronto resonaron en las piezas de la habitación sus carcajadas y sus voces. Fatigada por fin y jadeante, se echó en una otomana para descansar y rehacerse, y al llegar la velada, durante toda ella me miró con cierto recelo.

Echábase de ver que Katia quería decir-

me algo para ver de descifrar aquel enigma; pero ahora se represó.

Las lecciones de la princesita solían empezar por la mañana. La señora Leotard le enseñaba el francés, estudio que consistía en un poco de gramática seguido de la lectura de fábulas de La Fontaine; y cuenta que la señora Leotard no obligaba á Katia á estudiar, pues apenas podía conseguir que ésta pasase dos horas al día aplicada al trabajo. Había la señora Leotard consentido en esta combinación, á ruegos del príncipe y por orden de la princesa, padres de Katia, y á ella se sometía concienzudamente, cuanto más que había dado palabra de cumplir según la voluntad de aquéllos. Dotada de talento, Katia comprendía fácilmente y retenía cuanto le enseñaban; pero también en esto tenía sus rarezas: cuando no comprendía algo, reflexionaba maduramente, negándose por vergüenza á pedir explicaciones. Pasaba días enteros sola y ahondando un punto sin conseguir resolverlo, y al ver que por sí no salía á buen camino, se irritaba.

En los casos extremos, cuando ya no podía más, salía en busca de la señora Leotard para que le diese á conocer la perseguida evolución.

Así era en todo la princesita, que ya había reflexionado mucho, por más que á primera vista no lo parecía; pero al mismo tiempo era más candorosa que lo que correspondía á su edad. A las veces soltaba necedades, y en otras ocasiones sus respuestas revelaban una astucia y una agudeza imponderables.

VIII

Cuando estuve en condiciones de poder estudiar, la señora Leotard me sometió á un examen para enterarse de mi instrucción, y vió que si bien leía correctamente, en escritura estaba yo atrasadísima. Para ella, me era indispensable aprender el francés, y como no opuse objeción alguna, una mañana me senté al lado de Katia, á la mesa de estudio. Aquel día, Katia, como

deliberadamente, se mostró simple y distraída; tanto, que la señora Leotard no volvía de su asombro. En cuanto á mí, en una sola sesión aprendí el alfabeto francés, poniendo todo mi conato en aplicarme á fin de complacer al aya.

Al final de la lección, la señora Leotard se incomodó seriamente contra Katia, á quien dijo señalándome:

—Mírela V.; enferma como está, á la primera lección sabe ya diez veces más que usted. ¿No se da V. vergüenza?

—¿Más que yo? exclamó con estupefacción la princesita. ¡Si todavía no ha pasado del alfabeto!

—Bueno, sí; pero ¿cuánto tiempo necesitó V. para aprenderlo?

—Lo aprendí en tres lecciones.

—Ahí verá V. A Netotchka le ha bastado una. Luego estudia con tres veces más provecho que V. y dentro de poco la dejará á usted atrás.

Katia se puso imaginativa y se ruborizó al comprender que la observación de la señora Leotard era oportuna.

Ruborizarse de vergüenza era, en la princesita, su modo de manifestar el despecho que sentía en sus fracasos. Ahora lloró, y limitóse á dirigirme una mirada como si con ella hubiese querido pulverizarme. Al punto adiviné el porqué. La pobrecilla tenía muchísimo orgullo y no menos amor propio. Al salir de clase, fuera ya de la presencia de la señora Leotard, intenté hablar con Katia para desvanecer su despecho ó á lo menos darle á comprender que no era yo responsable de la repulsa de la francesa; pero Katia me escuchó como quien oye llover y me dió la callada por respuesta. Una hora después entró en mi cuarto mientras yo, con mi libro abierto delante de mí, llena de tristeza estaba pensando en ella porque no quería hablarme. Al entrar, la princesita me miró disimuladamente y, como solía, se acomodó en la otomana y puso en mí largamente los ojos, hasta que no pudiendo refrenarme por más tiempo la interrogué con los míos.

—¿Sabe V. bailar? me preguntó Katia.

—No.

—Pues yo sí, replicó la princesita. Y tras una pausa, añadió:

—¿Toca V. el piano?

—Tampoco, dije.

—Yo sí. Es muy difícil aprenderlo.

Nada contesté.

—La señora Leotard, prosiguió Katia, dice que V. es más inteligente que yo.

—Lo dice porque está enfadada con usted, repuse.

—¿Acaso también se enfadará conmigo mi papá?

—No lo sé.

Volvimos las dos á guardar silencio; y la princesita, después de haber con notoria impaciencia dado con su piecitos repetidas veces contra el suelo, desahogó su despecho, largamente reprimido, exclamando:

—V. se burla de mí porque tiene las entendederas más claras.

—¡Oh! ¡no en mi vida dije levantándome para abrazarla.

—¡Cómo! ¿no se avergüenza V. de pensar de esta suerte y de confesarlo, princesa? exclamó la señora Leotard, que hacía cinco

minutos nos estaba atisbando y escuchaba nuestra conversación. Tendría V. que avergonzarse. Está V. celosa de esa niña y se jacta V. delante de ella de saber bailar y tocar el piano. ¡Qué vergüenza! Contaré eso al príncipe.

Katia se puso como una amapola.

—Es un mal sentimiento, continuó la señora Leotard. V., con sus preguntas, ha ofendido á Netotchka, cuyos padres carecían de bienes de fortuna y no podían por esta razón darle maestros. Netotchka aprendía sola porque era discreta y tenía buen corazón. En vez de buscarle V. querella debería V. quererla. ¡Es vergonzoso! ¡Es vergonzoso! A V. le consta que Netotchka es huérfana, que está sola en el mundo. ¿Porqué no añade V. que es V. princesa y ella no? La dejo á V. sola; medite sobre lo que acaba de decirle y procure corregirse.

IX

Katia reflexionó por espacio de dos días, durante los cuales no rió ni dió voz alguna.

Por la noche, al despertarme, la oía continuar en sueños su discusión con la señora Leotard; y adelgazó un poco y perdió algo el color. Por fin al tercer día nos encontramos en uno de los salones, en el instante en que ella salía de la habitación de su madre.

La princesita, al verme, se detuvo y se zentó delante de mí, que me detuve atemorizada y temblorosa en espera de lo que iba á pasar.

—Netotchka, dijo por fin la princesita, ¿porqué me han regañado por culpa de V.?

—No es por culpa mía, Katenka, contesté apresurándome á disculparme.

—La señora Leotard dice que la he ofendido á V.

—No me ha ofendido V., Katenka.

La princesita encogió los hombros en señal de perplegidad y guardó silencio; luego añadió:

—¿Porqué llora V. pues?

—Si V. así lo quiere, no lloraré, dije al través de mis lágrimas.

—¿Lloraba V. antes? exclamó Katia en-